



*GLOBALIZACIÓN E INTEGRACIÓN ECONÓMICA
EN AMÉRICA LATINA: NUEVOS DESAFÍOS*

SÁNCHEZ DÍEZ, ÁNGELES; GAYO LAFÉE, DANIEL;
LÓPEZ ARÉVALO, JORGE; GARCÍA DE LA CRUZ,
JOSÉ MANUEL (COORD.)

Ediciones Universidad Autónoma de Madrid
Universidad Rey Juan Carlos, Madrid, 2012
293 páginas

Con la necesidad de ofrecer explicaciones a la crisis, parece que los argumentos complacientes con la globalización han perdido audiencia en favor de enfoques que ahondan en sus disfunciones. Algunos de ellos los podemos encontrar en las distintas formas con que los autores de este libro atacan la problemática. Y ésta es plantear la situación y opciones de futuro de la integración latinoamericana. Pero para ello hay que determinar los factores y procesos que han estructurado sus economías y delimitar en qué pueden contribuir los distintos programas de integración al desarrollo económico y social de América Latina. De ahí que encontremos perspectivas pesimistas sobre la globalización junto a otras que enfatizan la regionalización del comercio mundial, al presentar los fundamentos económicos con que la región enfrentó el regionalismo abierto. En cualquier caso, todas las aportaciones se reúnen, mas allá de los movimientos de capital financiero, en el análisis sobre la producción y el empleo.

El texto, editado por la Universidad Autónoma de Madrid en colaboración con la Universidad Rey Juan Carlos, es producto del “II Congreso Internacional de Pobreza, Migración y Desarrollo”, celebrado en San Cristóbal de las Casas en 2010 y organizado por la Universidad Autónoma de Chiapas. Supone, por tanto, un esfuerzo por trascender a las visiones particulares a uno y otro lado del Atlántico y muestra las posibilidades de la colaboración entre las universidades iberoamericanas.

Para conseguir los objetivos comentados, el libro se divide en dos partes. La primera presenta las bases teóricas de la globalización y la integración y una perspectiva de la experiencia latinoamericana al respecto, con especial atención a México. En la segunda parte se examinan de forma pormenorizada distintos sistemas de integración, con el acento puesto en las dimensiones del comercio, la producción y el empleo.

En el primer capítulo, López Arévalo adopta una perspectiva marxista para tratar la producción y por tanto, el comercio y la Inversión Extranjera Directa (IED). Centrado en el papel de las transnacionales como agentes de la mundialización, concluye que hay un sesgo a favor de la inserción de los países desarrollados y de aquellos que disponen de un recurso estratégico

o se adaptan a los procesos de deslocalización y producción flexible. En el segundo, el mismo autor reseña el cambio de opinión sobre las opciones de política económica en la década perdida, pero se centra en el comercio para plantear la pertinencia de la entrada de Sur y Centroamérica en las propuestas de integración hemisféricas. Y todo ello pese al escaso éxito de los acuerdos en términos de intercambio intrarregional, lo que apunta a la falta de voluntad de los gobiernos como restricción. De la Paz Toledo examina en el tercer capítulo el cambio mexicano, donde argumentos favorables al comercio y a la absorción de tecnología permitieron institucionalizar una regionalización abierta con baja intervención estatal, cuyos resultados han expuesto los límites de la apertura externa en distintos planos. Mientras que la producción se ha concentrado en torno a la maquila –que se relaciona con caídas de las tasas de crecimiento general y de la Productividad Total de los Factores (PTF)–, la apertura de la cuenta de capital y reforma institucional aumentaron los recursos financieros, el ahorro disponible y la vulnerabilidad externa.

En el cuarto capítulo, Gayo Lafée expone las oportunidades, amenazas y fricciones de la dinámica de la integración, condicionadas por el tratamiento de las asimetrías y las condiciones políticas. Su relación con la esfera productiva nos refiere a su contribución al crecimiento y la equidad o la articulación productiva público privada; mientras que sus efectos más allá del comercio se observarán en las estructuras productivas, las economías de escala o la concentración regional, entre otros. Por su parte, el tratamiento del empleo y los aspectos sociales en la integración nos refiere a su ordenación, distribución de costes y beneficios o estabilidad social. En el quinto, el alcance de los sistemas de integración conduce a Anchuelo Crego y Hernández Rubio a preguntarse la pertinencia de una unión monetaria en el Mercosur y el TLCAN, solo viable en el segundo dadas las tasas de comercio actuales. En definitiva, la cuestión es la aproximación del Mercosur y el TLCAN a Áreas Monetarias Óptimas, mayor en el segundo caso en función de la convergencia de sus tasas de crecimiento. Esta aproximación se complementa su adecuación a los criterios de convergencia nominal de Maastricht. Aunque ambos programas muestran convergencia de precios, en Mercosur se produce a mayores niveles, que también presenta más debilidad en la convergencia de tipos de cambio, a lo que se une la poca credibilidad de las instituciones de Mercosur en la lucha contra la inflación.

El segundo bloque, que expone los distintos programas de integración, se inicia con las luces y sombras del TLCAN presentadas por Peláez Herreros. Éste ha conseguido una fuerte apertura en México y una convergencia de las tasas de crecimiento, aunque el empleo arroja muchas sombras por las persistentes dificultades para su creación, que deriva en mayor emigración. El análisis del crecimiento regional presenta aceleración en el norte de la federación y en algunos estados del centro, mientras que en el sur se ha ralentizado. Las explicaciones nos refieren a la fuerte estructura industrial septentrional, que redundará en una mayor productividad. Ixtacuy López y Martínez Quezada

analizan la situación centroamericana en el séptimo capítulo, marcada por heterogéneas condiciones geográficas y económicas, así como por la superposición del Sistema de la Integración Centroamericana (SICA), el Plan Puebla Panamá y el Proyecto de Integración y Desarrollo de Mesoamérica. Pese a ello, el comercio regional no ha dejado de aumentar hasta situarla, probablemente, como el área con mayor apertura del continente y comercio intrarregional. Además, compatible con una exportación más diversificada con productos no tradicionales y de alta tecnología. Sin embargo, estos logros no ocultan los elevados problemas sociales y de empleo de la región, ni la necesidad de actuación de gobiernos eficaces. Son debilidades en torno a la institucionalidad, la corrupción o el narcotráfico, que hunden sus raíces en las décadas de inestabilidad política y social.

El errático camino de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) se analiza por Romero Morett y Vives Urbina en el capítulo octavo, cuya oportunidad de avanzar hacia una Zona Andina de Libre Comercio chocó con los desacuerdos gubernamentales. Finalmente, se adoptaría un arancel común externo en 2002 y con ello evolucionarían positivamente la producción y el comercio, especialmente el intrarregional. Pero no resulta suficiente dado el estancamiento de la mayoría de los indicadores de desarrollo humano y desigualdad, sobre los que planea la sombra de los conflictos armados y la importancia del narcotráfico. En el noveno capítulo, García de la Cruz y Sánchez Díez observan las posibilidades de Mercosur para el desarrollo productivo desde el punto de vista industrial. Con este objetivo, verifican un aumento del comercio, especialmente del intrarregional en el largo plazo, con aumento de cuotas de mercado y transformación de las exportaciones nacionales con caída de los productos tradicionales. El análisis dinámico, medido por el aprovechamiento del mercado internacional e intrarregional, permite identificar sectores que aprovechan el regionalismo abierto como equipos de transporte y refino. Los productos alimenticios, entre otros, presentan orientación fuera de Mercosur, por los que se recomienda políticas de escala y red. Para los que solo se aprovechan de la dinámica interna como imprenta y publicaciones o química, se recomienda la aglomeración industrial en un sentido amplio. Por último, los cerrados, como minerales no metálicos y maquinaria eléctrica, deben orientarse a conseguir competitividad sistémica.

El último capítulo es dedicado por García Fernández a las grandes propuestas hemisféricas –Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), Comunidad Sudamericana de Naciones (UNASUR) y la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) – y sus posibilidades. Para ello mantiene la hipótesis de que la primera de ellas se vio desplazada por la crisis sufrida por el regionalismo abierto, como legítimo producto del Consenso de Washington. Esto habría dado margen a la promoción de UNASUR por parte de Brasil, debido a su interés en la extensión de redes de infraestructuras en Suramérica. Pero también al desarrollo del ALBA, de orígenes más políticos y cargado del discurso de esta Venezuela que vivimos.

En definitiva, se trata de un libro para aquellos que quieran tener amplitud de campo en cuanto los temas tratados, la forma de enfrentarlos y los argumentos que se usan. Esto hace pensar que la riqueza del libro se encuentra en la distancia entre los puntos de vista de las reflexiones, en torno a la integración regional en la nueva economía mundial.

Javier Lucena Giraldo
Universidad Autónoma de Madrid





*EL BUEN VIVIR. SUMAK KAWSAY,
UNA OPORTUNIDAD PARA IMAGINAR OTROS MUNDOS*

ACOSTA, ALBERTO

Icaria, Barcelona, 2013, 190 págs.

En los últimos años, se vienen produciendo interesantes debates alrededor de la concepción y la práctica del desarrollo en el ámbito latinoamericano. Estos nuevos debates teóricos están surgiendo al calor de las diversas experiencias políticas y sociales que atraviesan el subcontinente. Particularmente, el concepto andino de Buen Vivir o Vivir Bien (*Sumak Kawsay*, en Kichwa), como “paradigma” que nos propone repensar el desarrollo, ha sido incorporado en sus nuevas constituciones de Ecuador y Bolivia. En este libro, Alberto Acosta, que a la sazón fungió como Presidente de la Asamblea Constituyente de Ecuador, analiza el contenido y el significado de este concepto y nos invita a iniciar un diálogo sobre sus implicaciones teóricas y prácticas.

Como plantea el autor, el Buen Vivir representa una oportunidad para construir nuevas formas de vida, a partir de la experiencia histórica de unas comunidades indígenas que han vivido en armonía con la Naturaleza. Se trata de una propuesta desde la “periferia de la periferia”, que no debe ser considerada como una simple invitación a retroceder en el tiempo y un reencuentro con un mundo idílico, por lo demás inexistente. El *Sumak Kawsay* se nutre de las prácticas cotidianas, de los aprendizajes y de las diversas formas de producir conocimientos por parte de dichas comunidades, pero va más allá. Se trata de un proceso de reinención cultural a partir de una matriz comunitaria de vida y de una trayectoria de resistencias continuadas al colonialismo occidental, que pretende construirse localmente y ser parte de una iniciativa de cambio civilizatorio a escala global.

Para introducirnos en este debate, Acosta comienza realizando una crítica profunda a las teorías vigentes sobre el desarrollo, incluidas las heterodoxas. De estas últimas, sostiene que no llegaron a cuestionar sustancialmente el concepto de desarrollo, entendido como progreso lineal y siempre expresado en términos de crecimiento económico. Además, considera que estos diversos cuestionamientos no lograron articularse entre sí, languideciendo en el tiempo a la par que las teorías más convencionales retomaban la hegemonía. De forma categórica, piensa que el problema de fondo no son los caminos alternativos al desarrollo sino el concepto en sí, que en cuanto propuesta global y unificadora constituye una negación de lo propio y un desconocimiento de las luchas

de los pueblos contra la depredación y la explotación colonial. De especial interés, resulta observar cómo el autor compagina estas reflexiones teóricas con las vicisitudes del debate constituyente en Ecuador. Así, confiesa que las discusiones fueron tensas en torno a cómo concebir el Buen Vivir, si como una propuesta de “desarrollo alternativo” o como una “alternativa al desarrollo”.

Este debate tiene una enorme trascendencia, también en otras latitudes. En la crisis actual, a pesar de su gravedad estamos observando la incapacidad social para plantear propuestas alternativas que realmente representen un desafío al orden imperante. Para abordar esta paradoja, es importante comprender cómo el capitalismo ha generado un encuadramiento antropológico de nuestras formas de vida, que en su consolidación ha implicado una dificultad creciente para construir una alteridad desde sus entrañas. En este sentido, todos los intentos de proyectar sujetos transformadores desde el propio marco social y técnico de la civilización capitalista han fracasado y seguirán fracasando, pues la potencia performativa de este sistema en términos de lógicas de vida, regladas por la competencia entre los individuos, es enormemente poderosa. Solamente buscando “estrategias de salida” se puede comenzar a pensar en un futuro alternativo. Por ello, la iniciativa que se está poniendo en marcha en los países andinos es tan interesante para el conjunto de la humanidad. Porque el Buen Vivir plantea una cosmovisión diferente a la occidental al surgir desde raíces comunitarias no capitalistas, que pretende construirse como una propuesta civilizatoria que reconfigura un horizonte de salida al capitalismo basada en una convivencia en diversidad y en armonía con la Naturaleza.

De forma decisiva, la profundidad de la propuesta se deja entrever en su intento de superar la división entre naturaleza y cultura, que da sentido constitutivo a la modernidad occidental y justifica su lógica depredadora. A pesar de las polémicas producidas y la incompreensión que la cuestión suscitó en las filas del gobierno ecuatoriano, el reconocimiento constitucional de la Naturaleza como sujeto depositario de derechos representó un paso fundamental en este empeño reunificador. No nos referimos a un intento de “darle la vuelta a la tortilla”, convirtiendo a los Derechos de la Naturaleza en un imposición trascendente sobre la vida de la gente común. Todo lo contrario: el autor es consciente de este peligro, y reflexiona sobre una nueva armonía con la Naturaleza desde una proyección immanente de la comunidad, que a su vez debe tomar una conciencia mayor sobre la imposibilidad de seguir identificando la riqueza con la acumulación de bienes materiales. A diferencia de cómo se concibe el bienestar en el mundo occidental, “vivir bien” no significaría “vivir mejor” a partir de un consumo ilimitado.

Entonces, el Buen Vivir se presenta como una oportunidad para construir colectivamente nuevas formas de vida. Se propone como un paso cualitativo para disolver el tradicional concepto de progreso en su deriva productivista y del desarrollo en tanto dirección única de la evolución social, con su visión mecanicista del crecimiento económico. Pero no sólo los disuelve, sino que

plantea una visión diferente, mucho más compleja y rica en contenido. La cuestión es cómo pensar las posibles transiciones que nos permitan aproximarnos gradualmente a esta gran transformación. Acosta vuelve este desafío en varias ocasiones a lo largo del texto, reconociendo la ausencia de una “hoja de ruta”, pero señalando a la vez que su ausencia supone una fortaleza, no tanto una debilidad.

En principio, las transiciones vienen marcadas por la necesidad de superar el pasado. Así, cobra una especial relevancia el proceso de descolonización que abarca tanto la concepción estratégica como las prácticas relacionadas con la gestión del desarrollo. En este ámbito, surge la necesidad de cuestionar la “colonialidad del poder”, caminando hacia una nueva idea de Estado que supere la visión del mismo como espacio de dominación política, como actor principal en la estructuración de la sociedad. Nuevamente, los debates constitucionales en Ecuador y especialmente en Bolivia han sido pioneros en este campo, incorporando la plurinacionalidad como una concepción alternativa en la organización de la sociedad. No se trata de un reconocimiento pasivo de la diversidad existente, sino de un deseo explícito de incorporar perspectivas sociales diversas. Por otro lado, esta nueva relación entre el Estado y la sociedad implica la construcción de una nueva institucionalidad policéntrica y horizontal, que reconsidere en esta etapa transicional el rol de las estructurales estatales y comunitarias en la provisión y gestión de los bienes comunitarios.

La parte final del libro está dedicada al problema de la transición desde una perspectiva económica. El desafío es sustancial: transitar hacia un nuevo modelo económico basado en una matriz comunitaria y sustentable. Los obstáculos son considerables: las lógicas de la mercantilización y de la monetización han impregnado la vida de las comunidades indígenas, aunque persisten algunas formas de relación económica propias de las mismas (*minka, ranti-ranti, makimañachina, makipurarina, uyanza, chukchina, uniguilla, waki, makikuna*, etc.). Por su parte, los gobiernos ecuatoriano y boliviano se alejan de los novedosos planteamientos constitucionales: aduciendo las necesidades de financiación del desarrollo (no tanto del cambio estructural, como de los programas de transferencia condicionada de rentas), los nuevos gobiernos apuestan por ahondar en el extractivismo. Sin embargo, Acosta alerta de lo erróneo de esta estrategia, advirtiendo que terminará perpetuando las estructuras oligárquicas, las desigualdades sociales y las lógicas clientelares y rentistas, además de continuar la depredación ambiental. Posiblemente tenga razón, y sobre todo nadie le puede negar su coherencia personal a este respecto. Como Ministro de Energía y Minas, contribuyó a poner en marcha la Iniciativa Yasuní-ITT, que significó un primer paso en la transición pospetrolera de Ecuador (auspiciado desde la prolongada resistencia al extractivismo de las comunidades amazónicas), y que nos plantea ideas sugerentes sobre cómo integrar las concepciones englobadas en la propuesta del Buen Vivir en el ámbito de la cooperación internacional.

En nuestra opinión, el aspecto decisivo de estas transiciones es cómo lograr una hegemonía (no sólo discursiva, sino apoyada en vectores materiales) de otra lógica económica, de carácter autocentrado y basada en la “autodependencia comunitaria”, bajo formas de relación solidaria, de carácter recíproco y de corresponsabilidad de los individuos entre sí. Las instituciones ancestrales señaladas anteriormente representan un buen punto de partida en este empeño, pues reflejan racionalidades muy profundas y arraigadas en las prácticas cotidianas. Sin embargo, estas racionalidades se subordinan a la lógica de la competencia capitalista cuando las comunidades tienen que relacionarse con otras realidades económicas, cuando tienen que insertarse en el proceso de globalización. ¿Cómo responder a esta dificultad? En nuestra investigación sobre las “transiciones al posindustrialismo”, estamos precisamente empeñados en abordar esta cuestión. Para nosotros, la clave del proceso transicional se encuentra en la capacidad de las comunidades para unir la producción de valor con la producción de los bienes comunes locales, donde podemos incluir los conocimientos, los saberes, los valores y las prácticas que emanan de las formas de interacción social vinculadas con las mencionadas instituciones. En este intento, es importante no ceder a las presiones del mercado en su pretensión de reducir la valorización de los bienes comunes a un mero asunto de cálculo monetario, acotando la gobernanza de dichos bienes en una dimensión estrictamente técnica. A este respecto, la reflexión del autor es interesante cuando sostiene que “es indispensable proteger las condiciones existentes para disponer de los bienes comunes de forma directa, inmediata y sin mediaciones mercantiles”, produciendo y experimentando a la vez “los entornos tecnológicos y jurídicos que incentiven la creatividad y la innovación para producir bienes comunes” (págs. 160-161).

Pero el capitalismo tiene también sus puntos débiles, sus contradicciones en el proceso de valorización se están intensificando de forma acelerada. En realidad, en el capitalismo actual existe una descompensación entre las características de los instrumentos de apropiación del valor y su capacidad para intervenir sobre las fuentes potenciales del mismo, que no resuelve mecánicamente la cuestión en favor de las comunidades, pero que ayuda a pensar materialmente una “estrategia de salida”. De hecho, los bienes comunes representan un recurso poco dócil a la hora de ser integrado en los circuitos tradicionales de producción de valor, lo que abre vías para la implementación de una lógica poscapitalista en espacios comunitarios caracterizados por una eficiencia mayor en la producción y reproducción de dichos bienes. En su proceso gradual de transformación en una “exterioridad” a la lógica de valorización del capital, estas lógicas poscapitalistas deben basarse no sólo en criterios de eficiencia sino, como plantea Acosta, de suficiencia y de solidaridad. No podemos contentarnos con la existencia de una dificultad creciente del capitalismo para aprovecharse de su mayor eficiencia, debemos superar su visión del valor. Si la acompañamos de una nueva percepción del bienestar social, elaborar una nueva concepción del valor no tiene por qué traducirse en una merma en la calidad de vida. Tal vez nos podamos llevar alguna sorpresa,

y encontrarnos con una dinámica de generación de valor a nivel colectivo más fecunda que la articulada en torno a la lógica de la competencia individual en el mercado. Posiblemente, las comunidades de baja intensidad en términos de valorización en este tipo de mercados pueden presentar mejores condiciones para proyectarse como organizaciones de alta intensidad en valor generado a partir de su mayor capacidad de diferenciación productiva y de generación de relaciones sociales. En buena medida, el éxito en este empeño depende del rechazo a los mecanismos neoliberales de gobernanza, basados en lógicas de segmentación y división de los actores comunitarios; y su sustitución por una gobernanza alternativa que refuerce el estatus ontológico de los bienes comunes, de tal forma que las comunidades puedan hacer efectivos sus derechos de apropiación sobre los mismos.

Alfredo Macías
Universidad de León

Pablo Alonso
University of Cambridge